

La OTAN vivida desde dentro

El Congreso de los Diputados el 14-XI-96 decidió por gran mayoría que España participe plenamente en la nueva estructura militar de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). En junio de este año se celebrará en Madrid la cumbre de jefes de Gobierno de la Alianza Atlántica (AA), que aprobará cambios internos y externos tan profundos que darán lugar a la llamada «nueva OTAN», pieza clave del nuevo orden de paz en Europa, cuyas principales características se exponen a continuación.

José Ramón Pardo de Santayana
y Coloma*

Introducción

LA OTAN está nuevamente de actualidad en España. El Parlamento español acaba de corregir el contrasentido de

* Teniente general en Reserva. Ex Jefe del Estado Mayor Conjunto de la Defensa y Representante Militar español en la OTAN.

estar en la Alianza cumpliendo con todas sus obligaciones, sin poder disfrutar de los mismos derechos que los demás aliados. Pero en España se sigue considerando a la Alianza Atlántica y a la OTAN como algo externo. No caemos en la cuenta de que somos una parte de la misma, un miembro con poder para modificar sus decisiones, como, de hecho, ha ocurrido con frecuencia. Los demás países aliados «se sienten» OTAN. Nosotros todavía no.

En febrero de 1992 esta revista publicó mi artículo «Hacia una nueva OTAN» en el que hacía una predicción de futuro. ¿Qué puedo aportar de nuevo, pasados seis años, en este trabajo? Espero que sean dos cosas: un análisis desde un punto de vista militar no afectado de posturas personales o partidistas, y la experiencia del trabajo diario en la OTAN durante más de tres años (1987-1990).

El factor militar condiciona esencialmente todos los problemas de seguridad internacional. Así, por ejemplo, en la OTAN no se toma una sola decisión política sin consultar antes al Comité Militar, y sin haber efectuado este Comité el correspondiente estudio previo. No en vano las Fuerzas Armadas (FAS) son la garantía definitiva de la soberanía e independencia de las naciones, y las alianzas de seguridad y defensa valen lo que valga el conjunto cohesionado de las FAS de los países que las formen.

Se ha definido a la seguridad como una mezcla de incertidumbre y de esperanza que tiene por finalidad mantener la paz. De esperanza en tener el acierto y la capacidad suficiente para evitar posibles daños, aun estando en la incertidumbre acerca de cuáles puedan ser éstos. La seguridad ha de cubrir de todo riesgo y neutralizar toda amenaza. Si los riesgos o la amenaza prevalecen y la paz desaparece, queda como última garantía la defensa, que también debe tener por objeto restablecer la paz.

Todo Estado busca su propia seguridad dentro del concierto de las naciones, porque todavía no hay ninguna autoridad mundial que pueda imponer la justicia y la paz. Lo novedoso de nuestra era, en la que se pretende desterrar la guerra como medio de solucionar los conflictos internacionales, es que la seguridad nacional ya no se basa en tener el mayor potencial bélico posible, sino en cumplir dos condiciones: pertenecer a una alianza que proporcione seguridad colectiva, y tener una conciencia nacional de defensa que, aprovechando el potencial político, económico, social y tecnológico de la nación, contribuya a mantener una fuerza militar coherente con la potencialidad nacional.

Como ejemplos significativos de la contribución de las FAS al poderío de un país están Israel y Gran Bretaña. El primero para sobrevivir acosado por sus vecinos demográficamente más fuertes, la segunda por no doblarse

ante la ocupación de una parte de su territorio, de las islas Malvinas. La sociedad británica soportó sacrificios económicos y, sobre todo, de vidas humanas, para defender su prestigio como nación aunque desde el punto de vista estratégico no padeciera la defensa de la metrópoli.

Las últimas crisis mundiales han puesto de manifiesto la necesidad de unas FAS eficaces empleadas correctamente. La del Golfo Pérsico se produjo cuando, con el hundimiento de la URSS, muchos creían haber llegado ya a la paz permanente. El conflicto en Yugoslavia no empezó a solucionarse hasta que no se empleó la fuerza suficiente y en forma apropiada. Cuando se perdió el respeto a la fuerza militar se disminuyó la eficacia de ésta y se produjeron así mayores males. La muerte del vicepresidente bosnio dentro de un blindado francés fue un ejemplo estremecedor de dejación de autoridad.

El orden mundial de la Guerra Fría

La URSS, situada entre los vencedores de la II Guerra Mundial, quiso llevar sus ideales revolucionarios marxista-leninistas a todo el mundo, estableciendo en su zona de influencias estados comunistas. Al mismo tiempo, provocó a sus antiguos aliados ahogando al Berlín libre por el corte de sus comunicaciones terrestres. Caía el «telón de acero» sobre Europa.

Los países libres reaccionaron adecuadamente. Socorrieron por aire a Berlín, y crearon la AA para implicar a los EE.UU. en la defensa de Europa. El primer éxito de la nueva Alianza, al mes de su creación en 1949, fue el cese del bloqueo de la ciudad.

En 1953 Rusia tiene ya la bomba de hidrógeno. Comienza el «equilibrio del terror». Dos años después nace el Pacto de Varsovia. El mundo se vuelve bipolar. La crisis de los misiles soviéticos en Cuba fue el momento más peligroso de la «Guerra Fría», pero «el miedo guardó la viña» y la guerra no llegó a estallar. La URSS, con Breznev, empieza a disminuir lentamente su presión, tendencia que se consolidó en 1975 en Helsinki, y que siguió después con altibajos, como el del desafío que supuso el despliegue en Europa de los misiles de alcance intermedio, que no se anuló hasta la firma del Tratado INF (8-XI-87).

Poco antes, en enero de ese año, hace ya diez, me incorporé como representante español al Comité Militar de la OTAN, MILREP en la jerga allí oficial. En la primera reunión a que asistí se produjo una feroz disputa entre

griegos y turcos que acabó pronto con una solución de compromiso, y me sirvió de ejemplo de cómo resolver los problemas en la Alianza: negociando a fondo.

En aquella época en la reunión de todos los jueves se revisaba la amenaza soviética, la alerta de las unidades OTAN, y las violaciones del espacio aéreo, que eran mutuas y casi diarias. Se respiraba todavía el ambiente de «Guerra Fría», aunque la entonces reciente llegada de Gorbachov despertaba esperanzas.

También entonces estaba ya en marcha la Iniciativa norteamericana de Defensa Estratégica IDS, conocida con el nombre vulgar de «Guerra de las galaxias», que iba a llevar a la maltrecha economía soviética a un callejón sin salida. Los norteamericanos daban ejemplo de cooperación, dando cuenta regularmente en el Comité Militar de la marcha de tal proyecto, en el que querían implicar no sólo a sus aliados, sino hasta a sus adversarios.

El comienzo de la participación española en la OTAN

EN este año de 1987, superada ya la «congelación en nuestro proceso de integración en la OTAN», que había mantenido inactivos a mis predecesores en el cargo, España comenzaba a definir el llamado «modelo español» de participación en la Alianza. La OTAN acababa de formar un Grupo Ad-hoc con autoridades políticas y militares, con las que el Embajador Representante Permanente en la Alianza (PERMREP) y el MILREP teníamos que negociar.

El embajador Ojeda, PERMREP, había realizado una labor admirable. Puede decirse que el «modelo español» fue fruto de su inteligencia y del conocimiento del «terreno que pisaba», tanto en Bruselas como en Madrid. Su entusiasmo era contagioso. Había vivido las dificultades del intento inicial de incorporación a la OTAN, y en el nuevo sistema sólo veía ventajas.

El clima en el Comité Militar de la OTAN era favorable. Nuestros aliados en general, y en especial los norteamericanos, alemanes e italianos, estaban deseando que las FAS españolas contribuyeran abiertamente a la defensa colectiva de Europa. También querían lo mismo franceses, ingleses y portugueses, pero ponían por delante que sus intereses particulares en la OTAN no resultaran perjudicados, como se vio en las negociaciones posteriores. Casi todos los aliados habían tenido ocasión de conocer en ejercicios bilaterales la

valía de las FAS españolas. Pesaba en el subconsciente de todos los países la tradición militar de una nación que en la historia siempre había combatido valientemente.

En España, en general, y en los medios gubernamentales en particular, había que superar un doble «handicap»: el desconocimiento de la Alianza y la desconfianza hacia nuestros aliados, en especial hacia los EE.UU. Se pensaba que «los militares de la OTAN» podrían arrastrarnos en contra de nuestra voluntad, sin saber que el Tratado de la AA hace irrealizable este temor, pues asegura siempre la primacía de la política sobre la estrategia militar y respeta escrupulosamente la soberanía nacional, exigiendo siempre la unanimidad. Luxemburgo e Islandia pueden «vetar» cualquier decisión. Tengo constancia personal de un veto islandés a una propuesta que dañaba a sus intereses pesqueros.

El ministro de Asuntos Exteriores de aquella época era muy reticente respecto a la OTAN. El de Defensa quería colaborar con ella pero manteniendo la libertad de acción política, como creía que hacían sólo los franceses. Pero nuestra situación era diferente, porque no tenemos su misma influencia en Europa, ni su poderío militar, ni sus armas nucleares. El «modelo español» no podía ser el mismo que el francés. Ellos se habían «salido» de la estructura militar, nosotros no habíamos acabado de entrar.

De las tres cláusulas del referéndum sólo una tenía consecuencias importantes para la negociación: la condición de no participar en la estructura militar «integrada», concepto que teníamos que definir nosotros, pues la OTAN hasta entonces no distinguía, en su estructura militar, este último calificativo.

Pronto se admitió por ambas partes que seguiríamos en la estructura militar, y en su cabeza que es el Comité Militar, pero no entraríamos en los Mandos que de éste dependen. Estos llamados «Mandos» son Cuarteles Generales (CGs) multinacionales y permanentes, que en caso de emergencia encuadran a las fuerzas que las naciones ponen a su disposición, según planes previamente acordados. La OTAN no tiene fuerzas propias. La red de Mandos constituye su esencia. Nosotros, por motivos políticos, teníamos que renunciar a estar en dicha esencia.

Los Mandos aliados no podían «mandar» fuerzas españolas. Pero para operar conjuntamente es necesario que alguien mande. Esta contradicción se resolvió acudiendo al concepto del «control operativo», que es un mando temporal y sujeto a condiciones previstas, que se cedería, en forma recíproca, al Mando aliado o español que se determinara en cada caso. Una solución de compromiso.

Pero el «modelo español» tenía más problemas. Por ejemplo, Francia, con su «Force de Frappe» había rechazado la estrategia común de la AA. España quería participar en dicha estrategia común, para seguir gozando, sin decirlo, del «paraguas defensivo» de la OTAN, incluso en su aspecto nuclear. Nosotros, para declarar las fuerzas puestas a disposición de la estrategia común sin que los Mandos de la AA decidieran nada sobre ellas, inventamos un «proceso analógico», que fue aceptado por ambas partes.

Así, piedra a piedra, se fue construyendo el edificio de nuestra participación en la OTAN, el llamado «modelo español», que se concretó definitivamente en carta del embajador Ojeda al secretario general lord Carrington el 18-I-88. En ella se decía que las fuerzas españolas participarían en la defensa común mediante unos Acuerdos de Coordinación entre nuestro Jefe de Estado Mayor de la Defensa (JEMAD) y los Altos Mandos de la OTAN.

De todas maneras la pertenencia a la Alianza suponía un paso de gigante para nuestra seguridad frente a cualquier adversario. Si bien es cierto que los arts. 5 y 6 del Tratado de la Alianza no incluyen en su defensa automática a las ciudades de Ceuta y Melilla (aunque sí a las islas Chafarinas y a los Peñones), el art. 4 compromete a todos los aliados cuando sea dañada la integridad territorial de uno de ellos. Gran Bretaña se benefició del apoyo de todos los aliados en el conflicto de las islas Malvinas.

Los acuerdos de coordinación

DESPEJADO el aspecto político, había que dejar plasmados tres principios militares: el mando de nuestras fuerzas siempre estaría en manos españolas, pues sólo se cedería el control operativo; las misiones se desempeñarían normalmente en nuestra área de interés estratégico; y no reconoceríamos la existencia del mando de Gibraltar. En las operaciones conjuntas se designaría previamente la autoridad que ejerciera el control operativo, por acuerdo entre el JEMAD español y el Alto Mando OTAN que correspondiera. En contraposición, España prometía empeñar en la defensa común la mayor parte de sus fuerzas, y aceptar el despliegue de mandos y las reglas de procedimientos de la OTAN.

El 11 de noviembre de 1988 se firmaba el documento MC-313: Directrices para los Acuerdos de coordinación. Nueve meses había durado su gestación. Resultó curioso experimentar que fueron mayores las dificultades

internas que las externas, porque en Madrid había miedo a la acusación de «salirse» del referéndum, lo que hizo reducir, de manera insensata, nuestras propias posibilidades. En cambio, los aliados dieron muestras de una gran flexibilidad, que indicaba el valor que daban a nuestra participación.

A partir de entonces la negociación desplazó su centro de gravedad del Comité Militar a los Altos Mandos OTAN con los que había que redactar los seis Acuerdos de Coordinación: dos predominantemente terrestres: impedir la ocupación del territorio español, y emplear el mismo como base logística; tres navales: control del Estrecho de Gibraltar, operaciones en el Atlántico oriental, y operaciones en el Mediterráneo occidental; y el de defensa de nuestro espacio aéreo.

Se comenzó por los acuerdos que se presentaban más fáciles, el de defensa aérea y el de operaciones en el Atlántico oriental. Hubo que negociar con Francia, por zonas de influencia en el Mar Cantábrico, y, sobre todo, hubo que superar un veto portugués causado por la delimitación de las aguas territoriales de las islas salvajes (entre Madeira y las Canarias), veto que se venció en el último minuto en unas conversaciones con el JEMAD lusitano desarrolladas en su mismo idioma, en portugués. Estos dos primeros acuerdos se firmaron por JEMAD y los tres Altos Mandos OTAN, de Europa, del Atlántico y del Canal de la Mancha, el 21 de mayo de 1990, en una ceremonia privada en el despacho del presidente del Comité Militar.

El 31 de mayo de 1990 el entonces MILREP pasó por edad a la situación de reserva. Mi sucesor, mi hermano Fernando, logró que se fueran firmando los cuatro Acuerdos de Coordinación restantes, entre ellos el del Control del Estrecho de Gibraltar, que inicialmente aparecía como una «misión imposible», por la resistencia denodada de los británicos para no ceder dicho control.

La desaparición del Pacto de Varsovia

MIENTRAS tanto se produce la descomposición del «Imperio soviético». Cae el muro de Berlín. Soy testigo de que hasta ese mismo día nadie en la OTAN se había atrevido a vaticinar la proximidad de semejante acontecimiento. El Pacto de Varsovia se desmorona y Alemania se unifica.

¿Qué había pasado? El esfuerzo que hizo la URSS para sobrepasar en fuerza a los EE.UU. repercutió en un nivel de vida tan incomparablemente

inferior al occidental que la patraña del paraíso proletario quedó al descubierto, en especial gracias a la televisión occidental, que podía ser vista por los ciudadanos del bloque oriental. El comunismo, que reduce la historia a una lucha por el poder económico, había fracasado teniendo dicho poder.

Por otra parte, la firmeza del presidente Reagan con el proyecto IDS fue el «sprint» del atleta, que dejó clavado a un contrincante a tope de esfuerzo. La tecnología y la capacidad científica son un arma más de los actuales Ejércitos. Pero, aunque estos motivos fueran muy importantes, la verdadera razón de la caída del comunismo fue el ansia de libertad consustancial con la naturaleza humana. Ahora ya nos parece mentira que el comunismo se mantuviera 40 años, y que se le creyera inexpugnable.

Conviene contrarrestar la idea, muy común, de equiparar la OTAN con el Pacto de Varsovia. Sus organizaciones y funcionamiento eran esencialmente diferentes, pues la primera es una asociación exclusivamente defensiva de países libres, en la que no cabe una política agresiva, y el Pacto era un mero instrumento al servicio de los intereses de la URSS, quien imponía su voluntad mediante el principio de la «soberanía limitada». Por ello los antiguos «satélites» solicitaron en seguida entrar en las organizaciones occidentales, y muy especialmente en la OTAN, enviando embajadores a Bruselas y alumnos a Roma, mientras los jefes de Estado Mayor de la Defensa de ambos antiguos «bloques» asistían juntos, codo con codo, a las reuniones del Comité Militar. Se había pasado de la «confrontación» a la «cooperación». Había nacido «un nuevo orden internacional mundial».

El nuevo orden internacional

LA desaparición del orden bipolar con su equilibrio y estabilidad aparentes da lugar a un «nuevo orden» en el que tampoco escasean los riesgos, como la descomposición interna de Rusia, el renacer del coloso chino o el fundamentalismo islámico. Las Guerras del Golfo, las «masacres» en Somalia y Ruanda, la descomposición de Yugoslavia, y el independentismo de Chechenia, nos recuerdan que la guerra no ha sido aún erradicada.

Frente a estas señales negativas, también las hay positivas y esperanzadoras, como la extensión de la democracia, sistema de gobierno en el que es difícil arrastrar al pueblo a una guerra, como el fracaso del marxismo o como la mejora del nivel de vida en Europa. Hay un sentimiento creciente de «soli-

daridad internacional» y un general rechazo al genocidio. Para evitar que éste se produzca, el derecho internacional permite ahora la «injerencia humanitaria», bendecida también por el Papa.

El mundo queda abierto a toda clase de conflictos a menos de que alguien se erija en «gendarme mundial». En teoría deben ser las Naciones Unidas quienes asuman este papel. Pero ¿quieren y pueden hacerlo? Es cierto que cada vez están tomando un protagonismo mayor, logrando éxitos, como los del Golfo y Yugoslavia, y proporcionando cobertura legal a las acciones de mantenimiento de la paz, que no es poco, pero sigue faltando una conciencia de responsabilidad colectiva a nivel mundial. La ONU debe hacerse cargo de los problemas de mantenimiento de la paz, y solicitar las fuerzas necesarias a los países, en especial a los EE.UU., que es la única superpotencia militar mundial, o bien a las organizaciones regionales de defensa (a la OTAN por ejemplo).

Aunque siempre habrá incertidumbre e inestabilidades, se debe aprovechar esta coyuntura favorable para establecer un nuevo orden mundial, que traiga consigo la estabilidad y la paz. Si se mantiene una cierta armonía ideológica en el conjunto de las naciones, si se respeta el Derecho Natural, el mundo se acercará a un nuevo orden más estable y más justo, aunque por la condición humana seguirán apareciendo carencias e imperfecciones.

La OTAN del futuro

¿CUÁL puede ser el futuro de la OTAN? Todos los indicios son esperanzadores. La Alianza se ha adaptado al nuevo panorama estratégico, añadiendo a sus estructuras militar y civil dos más, una para tender la mano a sus antiguos adversarios, y otra que se extiende a todos los países europeos. Estas 3.^a y 4.^a estructuras son el Consejo de Cooperación del Atlántico Norte (CCNA) nacido en 1991, y la Asociación por la Paz (PFP), en 1994. La OTAN ha multiplicado por tres sus misiones, añadiendo las de cooperación y de mantenimiento de la paz a las que ya tenía, e incluye en su esfera de seguridad a 44 naciones en vez de a 16.

El CCNA está compuesto por todos los países de los antiguos bloques oriental y occidental (40, más 4 observadores). Su finalidad es fomentar el diálogo, la cooperación y la ayuda al desarrollo de los ex comunistas. La PFP, que no incluye a los miembros de la OTAN (28 estados más 2 observado-

res), intenta resolver los problemas de seguridad de cada miembro, y prepara a éstos, si así lo desean, para ingresar en la AA. Rusia, a pesar de sus reticencias, forma parte de ambas estructuras.

Los Países del Sur de la Alianza desean establecer en el Mediterráneo algo similar a la PFP, como complemento de seguridad de la Conferencia euromediterránea, para establecer en esta zona el diálogo, la cooperación y el intercambio de información militar, que ya ha comenzado con seis países, entre ellos Marruecos.

Los problemas de la nueva OTAN son muchos, pero los principales se pueden resumir en cuatro: la acomodación de su estructura militar a la nueva situación estratégica y nuevas misiones; la cooperación con la Unión Europea (UE) y su «identidad de seguridad y defensa»; la extensión de la Alianza a nuevos países, y la especial cooperación con Rusia y Ucrania. ¿No es ésta una nueva Alianza? Según su secretario general, el Sr. Solana, su gran cambio se producirá en la Cumbre de Madrid del año 1997, en paralelo con la modificación y posible ampliación de la UE.

La nueva Organización Atlántica combina la disposición política al diálogo y la cooperación, extendida incluso a las orillas del Mediterráneo, con los viejos principios estratégicos de disuasión y defensiva a ultranza. La OTAN no puede ejercer represalias, ni conquistar territorios, ni atacar preventivamente (como hizo EE.UU. con Libia en 1986). Quien la acuse de ser un medio agresivo no la conoce o quiere desacreditarla por algún motivo.

En el nuevo concepto estratégico, el arma nuclear mantiene su valor político considerándola «de último recurso», como garantía contra una agresión de la misma clase. La «respuesta flexible» y el empleo de proyectiles nucleares como armas militares de confrontación bélica se ha terminado.

Como los riesgos que amenazan la seguridad de Europa son hoy multidireccionales y más variados que antes, la «presencia adelantada» en la llanura alemana y en los flancos se ha sustituido por la «presencia militar suficiente» en las zonas de mayor riesgo, entre las que está la región Sur. Se ha producido un cambio de orientación general del despliegue de la OTAN.

La disminución de la amenaza permite una notable simplificación en la estructura de los mandos y un ahorro de fuerzas. En Europa se va a pasar de 64 mandos en cuatro niveles a unos 30 sólo en tres. El cuarto nivel, en el que está en Mando OTAN de Gibraltar, desaparece. El ahorro de fuerzas, posible y aconsejable, se complementa con un sistema de «refuerzo rápido» de las reducidas fuerzas permanentes, mediante una «reserva movilizable», siempre dispuesta a actuar. Las FAS españolas nunca han tenido esta reserva y han de organizarla con la mayor urgencia.

La OTAN ha de responder a dos nuevas necesidades no incluidas en el Tratado de la AA: la de participar en operaciones de mantenimiento de la paz, bajo la dirección de la ONU o de la OSCE (como en Yugoslavia y Chechenia respectivamente), y la de cooperar con países no aliados (en la actual Fuerza de intervención en Bosnia SFOR participan 12 países de la PfP y 4 no europeos). Para atender a ambas necesidades la OTAN en la Cumbre de 1994 creó las Fuerzas Operativas combinadas-conjuntas (CJTF), que están formadas por Cuarteles Generales (CGs) multinacionales desplegables en las posibles zonas de intervención, en los que pueden participar todos los países y que pueden encuadrar fuerzas de tierra, mar y aire aliadas y no aliadas formando Fuerzas «Ad-hoc» para cada operación determinada (como la SFOR de Bosnia), sin que intervenga la OTAN como tal.

Entre las múltiples razones que obligan a la Alianza a adoptar una nueva estructura militar está la de ofrecer a Francia y España una plena integración. Nuestro Congreso de los Diputados ya la ha aceptado. Ya no vamos a autolimitarnos, vamos a sacar partido de nuestro ganado prestigio en operaciones militares. España es hoy un aliado bien considerado, que ocupará en la Alianza el puesto que corresponde a su peso como nación. Ni más, ni menos.

Nuestra posición estratégica ya no es, como en la Guerra Fría, sólo de retaguardia para asegurar el refuerzo norteamericano a Europa, sino también de vanguardia respecto a los principales riesgos potenciales, en posición predominante en el Mediterráneo, con proyección hacia el mundo árabe. Se va a respetar la unidad estratégica formada por nuestro territorio peninsular y sus archipiélagos adyacentes. Ya no va a ocurrir que otra potencia, con menor aportación militar que la nuestra, controle el Estrecho de Gibraltar en nombre de la OTAN.

Seremos un aliado normal y no un miembro singular. Entraremos en el turno rotatorio de mando de los Cuarteles Generales aliados, formaremos parte de los mismos para poder defender nuestras necesidades y sacar así mayor rendimiento político y militar del esfuerzo que se hace. Ésta es la mayor ventaja de participar plenamente en la estructura militar de la Alianza.

La «identidad europea de seguridad y defensa», concepto consagrado por el Tratado de Maastricht, está empezando a concretarse en algo tangible. Es consecuencia de la vieja idea del general de Gaulle, que siempre temió que tarde o temprano los EE.UU. abandonasen Europa. Sin llegar a ello, es lógico que los europeos nos ocupemos cada vez más de nuestra propia seguridad que tiene que funcionar eficazmente. La deseada Europa total,

unida y potente sólo se logrará cuando se llegue a una defensa común europea.

La Unión Europea no tiene hoy los medios necesarios para defenderse por sí sola, ni la voluntad política de intentarlo. Se está apoyando en la Unión Europea Occidental (UEO) revitalizada, que ha realizado algunas acciones eficaces en el Golfo Pérsico y en Yugoslavia, gracias al apoyo de la OTAN. La UEO no tiene estructura militar como ella, pero es ya un germen de defensa europea, con medios operativos asignables, como son el EUROCUERPO, EUROFOR y EUROMARFOR, que pueden actuar también en la OTAN. Las FAS españolas van a participar en estas tres fuerzas multinacionales, en la primera de ellas con la División Brunete completa (ya está incorporada su X Brigada mecanizada de Córdoba).

De este modo se está concretando la «identidad europea de seguridad y defensa» dentro del marco de la Alianza, no fuera de ella, y menos como alternativa a la misma, como en algún momento se pudo pensar o querer. La OTAN se ha comprometido a desarrollar la repetida «identidad europea» de la UE, de cuyas operaciones militares se encargarán en el futuro unidades cuyas exclusivamente europeas, con mandos y control político sólo europeos, y mediante Agrupaciones CJTF con los medios y recursos que sean necesarios para cada caso concreto.

Ni se pueden ni se deben cerrar las puertas de la AA a los demás europeos que deseen entrar. La Pfp se creó para tranquilizar de momento a los países de Europa Central y Oriental que querían ingresar en la AA, como especie de antesala y de escuela de considerable eficacia práctica. Hoy día la Pfp es mucho más que eso, es un excelente medio para que dichos países intervengan junto con la AA en las operaciones de mantenimiento de la paz. Pero hay algunas naciones que no se conforman y que quieren formar parte de la OTAN como miembros plenos.

Los estudios preparatorios ya se han realizado. Se han fijado las condiciones de fiabilidad democrática, libre empresa, protección de los derechos humanos, respeto a la soberanía de los demás, participación en la defensa común y fuerzas militares capacitadas para ello. En la Cumbre de 1997 se determinará quiénes pueden entrar ya y quiénes tendrán que hacerlo más tarde. Para estos segundos la Pfp reforzará sus mecanismos de cooperación e intensificará el diálogo. En el primer grupo pueden estar de tres a seis países, en especial Chequia, Hungría y Polonia.

Entre los países de la Pfp que no quieren ingresar en la OTAN, pero sí estrechar sus relaciones de seguridad con ella, están Rusia y Ucrania, que, por su importancia requieren un tratamiento especial. La segunda no pre-

senta especiales problemas porque tiene una aceptable estabilidad política, se ha desnuclearizado, y está deseosa de cooperar con Occidente.

Rusia no quiere ingresar en la OTAN y está alarmada ante su ampliación, a la que comprende que no puede oponerse. Admite coordinar su seguridad con la AA dentro de la OSCE. Con Rusia la Alianza quiere llegar a un Acuerdo de cooperación a largo plazo que determine su encaje en la seguridad europea. La transformación de la estructura militar de la OTAN va a tranquilizar a Rusia, porque va a sentirse segura de que aquélla ni va sorprenderla, ni desplegará tropas en los territorios de los nuevos miembros. Se quiere borrar toda división de seguridad en Europa, superar el atropello histórico de Yalta, no aislar a Rusia, sino incorporarla a la llamada «arquitectura de seguridad europea».

Será necesaria mucha imaginación y mucha buena voluntad para que Rusia acepte públicamente que la ampliación de la AA no va contra ella. No se puede tolerar su «veto», pero hay que mantenerla informada de cuanto la afecte. Rusia tiene que ir dando señales que inspiren confianza a su entorno y al mundo en general.

Conclusiones

LA OTAN es mucho más que una organización europea de seguridad y defensa. Mientras conserve sus valores humanos, políticos y militares seguirá siendo la única organización capaz de restablecer la paz mundial en caso de conflicto extremo.

Sin espíritu amplio la OTAN no podrá mantener la paz y la estabilidad en una Europa libre y completa. Debe contribuir a la estabilidad y seguridad de Europa en su conjunto, incorporar a los países europeos que lo deseen, impulsar la cooperación con los países mediterráneos, y dar a Rusia el tratamiento que le corresponde como potencia mundial.

La OTAN debe seguir siendo un instrumento militar de carácter conjunto-combinado y de organización permanente con mandos competentes, planes preparados y fuerzas dispuestas con experiencia de actuar en conjunto. Ha demostrado su eficacia superando cuarenta años de Guerra Fría y se está adaptando, con éxito, a las nuevas misiones de mantenimiento de la paz. La Cumbre de Madrid del año 1997 va a consagrar el gran cambio de la OTAN, tanto en su aspecto interno como en el de su ampliación a más países.

La fuerza de la Alianza está en su fuerte cohesión política sedimentada a lo largo de medio siglo, y en incluir en ella la única superpotencia militar actual. Tiene experiencia de actuar por unanimidad, llegando a acuerdos en los que todos ceden algo en favor del conjunto. Ha creado doctrina, procedimientos comunes y, sobre todo, una mentalidad militar nueva. Estas cualidades no se deben perder en su ampliación.